

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, lowercase, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

## El sentido del otro como don [The sense of the other as a gift]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Binetti, María J.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-10 17:31:50
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/155294">http://hdl.handle.net/20.500.12424/155294</a>



## El sentido del otro como don. Una idea kierkegaardiana

*María J. Binetti*

**Resumen:** El presente artículo intenta mostrar que el Singular o Individuo, propuesto por el pensamiento kierkegaardiano como ideal espiritual del hombre, constituye una realidad esencialmente vinculada al Otro y plenamente abierta a la comunicación intersubjetiva. En la relación con el Otro absoluto, la subjetividad se ve surgir de su propia nada como don total de sí misma. El dolor que tal nacimiento le inflige es el expediente del propio pecado, detrás del cual reluce la felicidad de un Amor infinito, que afirma al yo más allá de sí mismo.

**Palabras clave:** Sören Kierkegaard. Filosofía. Existencia. Nada. Otro.

**Abstract:** The present article has the intention to show that the Singular or Individual, conceived by the kierkegaardian thought like spiritual ideal of man, is a being essentially related with the Other and completely open to the intersubjectiv communication. In this relationship to the absolute Other, the subjectivity sees itself raising from its own nothing as a total gift. The pain of this birth is the expedient of its sin, behind of which shines the happy of an infinite Love, that affirms the self behind itself.

**Key words:** Sören Kierkegaard. Philosophic. Nothing.

### *Introducción*

El ideal humano propuesto por S. Kierkegaard ha sido interpretado no pocas veces<sup>1</sup> como un exceso individualista, tendiente a aislar al hombre de todo vínculo intersubjetivo. Sin embargo, y en confrontación a tal interpretación, el pensamiento de nuestro autor ha sostenido un ideal personal que debería definirse como la perfec-

---

<sup>1</sup> Para la crítica del Singular kierkegaardiano como paradigma del individualismo, remitimos, por ejemplo, a G. Lukács, *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, trad. W. Roces, 1ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 213; K. Löwith, *De Hegel a Nietzsche*, trad. E. Estiú, Buenos Aires, Sudamericana, 1967, p. 229; P. Mesnard, *Le vrai visage de Kierkegaard*, Paris, Beauchesne et ses fils, 1948, p. 377-383, 458-462; M. F. Sciaccia, *La filosofía, hoy*, 2ª ed., Barcelona, Luis Miracle Editor, 1956, p. 71 ss.; M. Edgar, "Deer park or the monastery? Kierkegaard and Hegel on unhappy consciousness, renunciation, and wordliness", en *Philosophy Today* 3 (2002), p. 284-299, p. 297; R. S. Gottlieb, "A critique of Kierkegaard's doctrine of subjectivity", en *Philosophical Forum* 4 (1978), p. 486; también "Kierkegaard's Ethical Individualism", en *The Monist* 3 (1979), p. 351-367; y M. Buber, *Between man and man*, trad. R. G. Smith, Beacon Press, Boston 1957, p. 40-82.

ción de la relación con el Otro, de Su comunicación y, dicho con mayor precisión, como la consumación del Don amoroso. El presente artículo busca destacar este carácter relacional, constitutivo de la identidad espiritual que define al Singular kierkegaardiano y que lo funda, por encima de sí mismo, en el Otro Absoluto.

El Singular es —para Kierkegaard— el pleno reconocimiento de sí mismo como donación total, que desciende de lo Alto en un acto de Amor divino, y asimismo se irradia hacia los otros hombres. Más aún, el Individuo se descubre en la nada de la cual ha surgido y reconoce, *ex nihilo*, la inmensidad de su ser. Como todo nacimiento, la emergencia existencial del espíritu produce en el hombre dolores de parto. Pero el dolor de su miseria, de su pecado y de su nada apenas paga el costo de una fecundidad infinita, engendrada por el roce del Otro.

### *El Singular frente al Otro*

La subjetividad kierkegaardiana se constituye en la relación con Dios, en tanto Presencia que, paradójicamente, habita y trasciende el propio yo. Dios es la verdad del espíritu humano: “Él es la *primitividad*. Es este esfuerzo que hace estremecer al hombre para lanzarlo hacia atrás”<sup>2</sup>. De aquí que el Singular sea para Kierkegaard la realidad *teándrica* del espíritu que ha saltado —en sí mismo— por encima de sí, a fin de aferrar lo Absoluto. Sólo la relación efectiva con Dios determina al “yo teológico”<sup>3</sup> y concretamente “cristológico”<sup>4</sup>, que el Individuo aspira a ser.

“La individualidad (afirma Kierkegaard) es el verdadero punto firme en el desarrollo de la creación y, como se sabe, se pone el punto cuando el sentido está completo: lo que también se puede expresar (con un movimiento negativo) diciendo que ahora hay sentido. Del mismo modo, sólo cuando se produce la individualidad el sentido está completo, o bien, la creación tiene un sentido”<sup>5</sup>.

La presente afirmación puede ser leída en dos sentidos. El primero de ellos se relaciona con la creación *ex nihilo*, conforme a la cual la individualidad humana responde a la finalidad inmediata de todo el orden creatural. El segundo sentido se relaciona con la recreación espiritual del hombre y, en este orden de cosas, el Individuo está llamado a convertirse en el verdadero “punto con el cual y a través del cual Dios puede entrar en contacto con la humanidad”<sup>6</sup>. La subjetividad deviene así ese lugar de encuentro con lo Eterno e Infinito y por eso su categoría coincide con “la categoría de la eternidad”<sup>7</sup>, el lugar donde el yo

<sup>2</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, trad. C. Fabro, 3ª ed., 12 vol., Brescia, Morcelliana, 1980-1983 (en adelante *Diario*), I<sup>a</sup> A 63, X, p. 107, n. 3852.

<sup>3</sup> S. Kierkegaard, “La maladie a la mort”, en *Oeuvres complètes de Soeren Kierkegaard*, trad. P.-H. Tisseau y E. M. Jaquet-Tisseau, 20 vol., París, Editions de l’Orante, 1966 ss. (en adelante *OC*), XVI, XI 215.

<sup>4</sup> Cf. S. Kierkegaard, “La maladie a la mort”, *OC*, XVI, XI 252 ss.

<sup>5</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, II A 474, II, p. 172, n. 489.

<sup>6</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>a</sup> A 218, V, p. 190-191, n. 2194.

<sup>7</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, VIII<sup>a</sup> A 124, IV, p. 42, n. 1408.

respira la posibilidad absoluta del Ser, luego de haber extirpado los imposibles de la finitud<sup>8</sup>.

El Individuo —vale decir, para Kierkegaard, el sujeto espiritual existente— no descubre a Dios en la inmediatez del mundo exterior, sino en la reflexión de su propia subjetividad, durante ese viaje de exploración interior, a través del cual quedan eliminados los obstáculos que le impedían reconocer su desnudez originaria y se callan todas aquellas voces extrañas que distraían su silencio profundo: ese silencio y esa desnudez que hacen de cada hombre un ser para sí<sup>9</sup>, de quien proceden las verdaderas acciones intensivas. Luego de haber declinado todo predicado accidental, sólo le queda al hombre el único predicado de sí mismo, a fin de enunciarse simplemente como “Yo soy”, vale decir, a fin de enunciar en su interior “la forma más alta de ser [Ex 3:14]”<sup>10</sup>, que consiste en la identidad espiritual, concretamente reflejada e infinitamente reproducible en lo finito.

Solo y enfrente de Dios, el Individuo existe conforme a una realidad esencialmente relacional, determinante de su conciencia esencial. Pero también delante de Dios el Singular se mide con dimensiones infinitas, por las cuales su subjetividad, finita y contingente, no puede menos que aspirar renovadamente a una eternidad siempre futura. De aquí que, para Kierkegaard, ser Individuo “es una aspiración”<sup>11</sup>. Él manifiesta un ideal que sigue siendo el horizonte siempre posible y abierto de la realidad humana, aspirante de un ser continuamente aproximable e irremediamente inadecuado.

En la opinión de J. Wahl, la insistencia kierkegaardiana en una existencia “‘delante de Dios’ expresa, antes que la presencia de una realidad, la voluntad de una presencia, la tensión del alma que quiere hacer aparecer, nacido de ella, en ella, el objeto de sus encantamientos desesperados”<sup>12</sup>. Ciertamente, la presencia divina es obra de la libertad, pero de una libertad cuyo querer es el único medio entre el ser y el no ser. Precisamente por eso, no hay para Kierkegaard distinción entre la presencia y su deseo, entre la voluntad y la emergencia de su objeto, con lo cual la afirmación según la cual “querer amar no es amar, querer creer no es creer”<sup>13</sup> no vale para la acción libre del Singular, que es presencia total y continuidad en la presencia.

Ahora bien, si kierkegaardianamente entendida la singularidad es la determinación del espíritu, “la determinación animal es la multitud”<sup>14</sup>, calificada por

<sup>8</sup> Cf. S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>1</sup> A 506, VIII, p. 113, n. 3187.

<sup>9</sup> Cf. S. Kierkegaard, “Discours sur des circonstances supposées”, *OC*, VIII, V 202. Según la consideración kierkegaardiana, el silencio canaliza la decisión interior, la conciencia del propio querer y poder, el temor de Dios y Su obediencia, la verdadera inteligencia de la palabra y la medida de la acción interior (cf., entre otros pasajes, S. Kierkegaard, “Deux petits traités éthico-religieux”, *OC*, XVI, XI 73: “Le lis des champs et l’oiseau du ciel”, *OC*, XVI, XI 18 ss.; “Un discours éditant”, *OC*, XVIII, XII 295).

<sup>10</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>1</sup> A 284, X, p. 225, n. 4026.

<sup>11</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>1</sup> A 660, VIII, p. 156, n. 3273.

<sup>12</sup> J. Wahl, *Études kierkegaardianes*, 2<sup>a</sup> ed., Paris, J. Vrin, 1949, p. 441.

<sup>13</sup> Cf. J. Wahl, *Études...*, cit., p. 443.

<sup>14</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>1</sup> A 370, XI, p. 43, n. 4092.

nuestro autor como mentira y abstracción<sup>15</sup>, farsantes de la interioridad más profunda. Mientras la masa persigue la cuantificación numérica, el Singular aspira a lo *unum* concreto. Pero “el uno no es un número, sino la determinación cualitativa”<sup>16</sup> y esto significa, para nuestro autor, al menos dos cosas. En primer lugar, significa que es posible una pluralidad de singulares unidos, no en la masa sino en la comunidad, respecto de la cual el número no numera sino que cualifica personalmente. En segundo lugar, significa que la unidad sintetiza una multiplicidad de fuerzas, aferradas al único punto fuera del mundo, desde el cual emerge el universo entero, con el poder siempre nuevo del espíritu.

Delante de Dios, el yo roza la tangente que une el tiempo a la Eternidad, lo finito a lo Infinito, lo contingente a lo Necesario, la impotencia al Poder, a fin de abrir el espacio donde es posible *ex-sistir*. Reside aquí, según entiendo, el profundo optimismo del singular kierkegaardiano, mucho más profundo aún que su discutible pesimismo y ejemplarmente grabado en estas breves líneas:

“... la mayoría de los hombres desesperaría si se les dijera cuán inmensamente rica es la existencia; que un hombre solo y siempre un solo hombre es suficiente, que es todo, que con él son posibles los más grandes acontecimientos”<sup>17</sup>.

Mucho más fascinante que el acontecimiento de la historia mundial y mucho más problemático que la entera diversidad cultural, más complejo que cualquier estructura de poder e infinitamente más profundo que todo el universo es el universo de este Singular para quien todo fue hecho.

### *El dolor de la Alteridad*

Sin embargo, la relación con el Otro que define al Singular supone en el hombre la realidad del pecado y supone, además, al pecado como la nada de la existencia humana, separada de Dios por un abismo absoluto. La presencia del mal convierte la relación con el Otro en una herida humanamente incurable, mientras transforma el encuentro divino en un dolor inexorable<sup>18</sup>. Delante de Dios —asegura Kierkegaard— el sufrimiento es inevitable, porque el Absoluto “rompe siempre la existencia”<sup>19</sup>. Dios es letal para el ser relativo, hiere mortalmente el mundo de lo condicionado y sólo a través de esta muerte es capaz de vivificar al yo<sup>20</sup>. De aquí

<sup>15</sup> Cf. especialmente S. Kierkegaard: “Point de vue explicatif de mon oeuvre”, *OC*, XVI, XIII 634-641. Kierkegaard busca precisar su afirmación sosteniendo que aún si los individuos, considerados aisladamente, poseyeran una verdad objetiva, una vez congregados en la multitud se hallarían en la mentira, porque perderían allí la certeza interior (cf. S. Kierkegaard, “Point de vue explicatif de mon oeuvre”, *OC*, XVI, XIII 634. Evidentemente, nuestro autor supone aquí la tesis que afirma a la subjetividad como la verdad interior, de cuyo concepto se desprende la mentira de la masificación).

<sup>16</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>4</sup> A 405, IX, p. 69, n. 3559.

<sup>17</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>1</sup> A 175, X, p. 164, n. 3942.

<sup>18</sup> Cf. S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>2</sup> A 130, XI, p. 201 ss., n. 4307.

<sup>19</sup> Cf. S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>1</sup> A 409, VIII, p. 88 ss., n. 3139.

<sup>20</sup> Cf. S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>2</sup> A 205, XI, p. 244, n. 4354; XI<sup>2</sup> A 56, XI, p. 161, n. 4257.

que la relación auténtica con Él no pueda establecerse sin esa ruptura que hace del espíritu el inicio absoluto de una segunda oportunidad.

El sufrimiento como categoría esencial de la relación con Dios expresa, por un lado, la determinación metafísica que surge de la desproporción entre la creatura y el Creador y esta distancia cualitativa supone, para Kierkegaard, “una contradicción entre Dios y el hombre”<sup>21</sup>. Por el otro, el sufrimiento indica una categoría existencial producida por la libertad, porque no se trata aquí del ineluctable dolor que el destino pueda depararle a un hombre sino de un dolor decidido, que Kierkegaard llama también lo voluntario<sup>22</sup>, a fin de distinguirlo del sufrimiento no elegido<sup>23</sup>. Lo voluntario desaparece si falta la severidad existencial y sólo se produce cuando la subjetividad se exaspera bajo el temor y el temblor del Absoluto. Sin embargo, crítica nuestro autor, esta categoría ha sido borrada del horizonte moderno y es lamentable que Dios se haya “convertido en el abuelo”<sup>24</sup> de una existencia relajada y muelle.

El sufrimiento voluntario es “la expresión esencial del *pathos* existencial”<sup>25</sup> tensionado hacia un *telos* infinito, dialécticamente propuesto a la finitud<sup>26</sup>. La pasión sufriente es “el obrar supremo del fuero interior”<sup>27</sup> y coincide precisamente con el abandono total de la subjetividad en la identidad metafísica entre la acción personal más alta y la pasividad receptiva total. En efecto, respecto de Dios, quien “no se pone en relación en el modo del abandono absoluto, no se pone en relación con Dios. Respecto de Dios no se puede poner ‘hasta cierto punto’, porque Dios es justamente la negación de todo lo que es ‘hasta cierto punto’”<sup>28</sup>. El *pathos* esencial coincidirá entonces con este doloroso abandono, que actúa pasivamente en el vértice de la interioridad y coincide con el reconocimiento de la propia nada, es decir, del no ser, del pecado y de la infinita indignidad que embargan a la subjetividad delante de Dios, conduciéndola al odio y al dolor de sí misma.

Quitar el sufrimiento significaría negar el poder a la interioridad, porque para Kierkegaard “la fuerza reside en poder aceptar, en poder soportar el sufrimiento”<sup>29</sup>. La idea del dolor expresa dialécticamente el hecho de que el espíritu “no pueda nunca ser descubierto directamente, sino que debe haber siempre antes una negación; y cuanto más se es ‘espíritu’, más exactamente se debe cuidar de que la negación sea la negación exacta de su opuesto”<sup>30</sup>. La negación de lo opuesto

<sup>21</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>1</sup>A 67, X, p. 109, 3856.

<sup>22</sup> Cf. S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>1</sup>A 325, XI, p. 25-26, n. 4059; VIII<sup>1</sup>A 259, IV, p. 71, n. 1487; XI<sup>1</sup>A 144, X, p. 150, n. 3920; XI<sup>1</sup>A 558, XI, p. 111, n. 4198.

<sup>23</sup> Cf. S. Kierkegaard, “Post-scriptum”, *OC*, XI, VII 424-425.

<sup>24</sup> Cf. S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>2</sup>A 159, VI, p. 207 ss., n. 2633.

<sup>25</sup> Cf. S. Kierkegaard, “Post-scriptum”, *OC*, XI, VII 420 ss. Esta obra dedica varias páginas al estudio del sufrimiento como *pathos* esencial de la existencia religiosa.

<sup>26</sup> Cf. S. Kierkegaard, “Post-scriptum”, *OC*, XI, VII 442-445.

<sup>27</sup> S. Kierkegaard, “Post-scriptum”, *OC*, XI, VII 423. J. Wahl alude en su texto a la idea del sufrimiento como la acción interior más alta (cf. J. Wahl, *Études...*, cit., p. 368).

<sup>28</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>2</sup>A 644, VII, p. 173, n. 2936; cf. también “La maladie à la mort”, *OC*, XVI, XI 184.

<sup>29</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>1</sup>A 233, X, p. 198-199, n. 3986.

<sup>30</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>1</sup>A 152, X, p. 154, n. 3925.

significa aquí la negación que es el pecado: contrapunto dialéctico de la libertad y rechazo de la voluntad de bien. El pecado constituye propiamente la causa del dolor, porque no permite a la subjetividad abandonarse a Dios sino hasta haber atravesado todas esas reacciones desesperadas del apego al mal. A causa del pecado, la existencia libre debe pagar el precio de la mortificación, es decir, de la aniquilación de la propia voluntad egoísta<sup>31</sup>.

La afirmación del dolor como realización perfecta de la libertad se expresa, en los últimos fragmentos del *Diario* kierkegaardiano, en la idea del martirio, que el Kierkegaard más maduro —y quizás también el más polémico y crítico— entenderá como la “única verdadera expresión de lo absoluto”<sup>32</sup>, como la “ley del amor absoluto”<sup>33</sup>. El mártir consume ejemplarmente aquella dialéctica que se relaciona con el mundo de modo inverso y según la cual “la potencia de la superioridad es precisamente la impotencia de la finitud”<sup>34</sup>. Dios duele no sólo por su distancia, sino además por la contradicción de un mundo que se aparta voluntariamente de su Amor. Desde este punto de vista, el dolor del propio perfeccionamiento se convierte en la experiencia cotidiana de toda vida que quiera ser vivida profundamente.

Sin embargo, la preponderancia que la idea del sufrimiento voluntario obtiene en el último período del pensamiento kierkegaardiano no deja de connotar cierto pesimismo existencial y cierta depreciación de la vida con el pretexto de salvaguardar un ideal que “no quiere tener nada que ver con el mundo abyecto, mezquino, pecaminoso, más que ser matado, sacrificado”<sup>35</sup> y que parecería terminar por reducir todo el mundo a este mundo. Ciertamente, tenía razón Kierkegaard al reconocer que el hombre reacciona naturalmente frente a esta idea negadora del mundo con la misma indignación que algún intérprete ha dejado oír<sup>36</sup>, y que personalmente prefiero leer como una exageración unilateral suscitada por la polémica armada de nuestro autor, exasperada por el contexto sociocultural de relajamiento ético y religioso.

En armonía con este posible pesimismo existencial, varios comentaristas han visto reproducida en la existencia kierkegaardiana la conciencia infeliz que el pensamiento hegeliano logró superar, a la que Kierkegaard habría inmortalizado. Así, por ejemplo, J. Wahl sostiene que hay para Kierkegaard:

<sup>31</sup> Cf. S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>2</sup> A 132, X, p. 205, n. 4308. Bajo el epígrafe evangélico “es necesario que él crezca y yo disminuya” (Jn 3:29), los *Discursos edificantes* hablan del dolor implícito en la autorenuncia, pero también de la alegría que hay en la humillación total de sí mismo (cf. S. Kierkegaard, “Trois Discours édifiants”, OC, VI, IV 179-194).

<sup>32</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, IX A 285, V, p. 43, n. 1905.

<sup>33</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, IX A 285, V, p. 43, n. 1905. En el reconocimiento del dolor como auténtica formación de la interioridad religiosa está implícito el reconocimiento kierkegaardiano a la ascesis medieval, en la que nuestro autor vio reflejarse “una culpa” y “una forma del amor” (cf. S. Kierkegaard, *Diario*, VI A 39, III, p. 147, n. 1080).

<sup>34</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, IX A 453, V, p. 96, n. 2016.

<sup>35</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>1</sup> A 482, XI, p. 84-85, n. 4156.

<sup>36</sup> Cf., entre otros: I. Chestov, *Kierkegaard y la filosofía existencial*, 3<sup>o</sup> ed., Buenos Aires, Sudamericana, 1965, p. 223; G. Marcel, en AA.VV., *Kierkegaard vivo*, Madrid, Alianza, 1968, p. 216; T. W. Adorno, *Kierkegaard*, trad. R. J. Vernengo, Venezuela, Monte Ávila, 1969, p. 196; R. Cantoni, *La coscienza inquieta*, 1<sup>a</sup> ed., Milano, Arnoldo Mondadori, 1949, p. 56; H. Höffding, *Soeren Kierkegaard*, trad. Fernando Vela, Madrid, Revista de Occidente, 1930, p. 10; T. Haecker, *La joroba de Kierkegaard*, trad. V. García Yebra, Madrid, Rialp, 1948, p. 125 ss.

“... una relación a un ser que no es para nosotros más que en esta relación y con quien nosotros no podemos estar en relación. Nunca la antinomia que está en el fondo del *Parménides* ha sido tan profundamente vivida. Nunca tampoco la antinomia que está en el fondo de la creencia, si se la define a la vez como la relación más interna y la relación con algo exterior, ha sido mejor alumbrada. Y esto no es otra cosa más que la paradoja de la conciencia infeliz, tal como la ha definido Hegel, separándose en dos mitades contrarias, irremediamente encerradas en ella, y ligándose al mismo tiempo a lo inmutable, pleno de un amor infeliz por lo absoluto, según la expresión de Kierkegaard”<sup>37</sup>.

También R. Jolivet considera que el existencialista danés canonizó “el escándalo y la antinomia de la conciencia infeliz”, apartándose así del cristianismo para acercarse al romanticismo<sup>38</sup>. A ellos podría añadirse T. Adorno, quien asegura haberse “comprobado fehacientemente que la interioridad kierkegaardiana es extraída de la dialéctica, idéntica a la conciencia infeliz inmóvil de la fenomenología de Hegel”<sup>39</sup>. En el mismo sentido, M. Virasoro se pronuncia sobre la “tragedia dialéctica” del pensador danés<sup>40</sup> y M. Taylor habla de un irreductible *self as other*<sup>41</sup> negador del mundo y de lo finito.

Reconociendo plenamente la dificultad de tal cuestión —quizás una de las más escabrosas del pensamiento kierkegaardiano— me atravesaría a decir que la afirmación de la conciencia infeliz como solución definitiva no sólo suena demasiado simplista, sino que además parecería fundarse, antes que en la coherencia fundamental de los principios metafísicos de nuestro autor, en un estratégico y hasta paroxístico uso de la hipérbole. No sólo abundan en Kierkegaard expresiones y sentimientos hiperbólicos, sino que su vida misma se parece a una hipérbole destinada a producir una ruptura interior y a desencadenar la contradicción de la Alteridad absoluta en la existencia espiritual.

En efecto, cuando Emil Boesen —amigo entrañable del existencialista danés— objetó a Kierkegaard los excesos de su obra, nuestro autor le respondió: “debían serlo, de otro modo no sirven para nada. Ya lo creo: ¡cuando se hace estallar una bomba, debe ser así!”<sup>42</sup>. Ciertamente, la bomba se hizo sentir, pero los principios kierkegaardianos llegan más lejos que su estallido. Es verdad que Dios se manifiesta como una Diferencia absoluta, traducida a la subjetividad en el dolor de su propio ser, pero el sentido final de esta Diferencia es la identidad y la síntesis personal, tanto como el de la conciencia infeliz son la beatitud y el reposo en donde descansa la subjetividad.

<sup>37</sup> J. Wahl, *Études...*, cit., p. 451-452.

<sup>38</sup> Cf. R. Jolivet, *Aux sources de l'existentialisme chrétien. Kierkegaard*, Paris, Librairie Arthème Fayard, 1958, p. 269.

<sup>39</sup> Cf. T. Adorno, *Kierkegaard...*, cit., p. 269.

<sup>40</sup> Cf. M. A. Virasoro, *La libertad, la existencia, el ser*, Buenos Aires, Eudeba, 1950, p. 7.

<sup>41</sup> Cf. M. Taylor, “Self in/as Other”, en *Kierkegaardiana* 13 (1984), p. 64 ss.

<sup>42</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XII, p. 98. El texto es tomado por C. Fabro de *Søren Kierkegaards efterladte Papirer. IX [1854-1855]*, Copenhague, H. Gottsched, 1881, p. 593-599.

Si Hegel ha reconciliado al hombre en lo universal, Kierkegaard busca reconciliar al universo en el hombre y al hombre en Dios. Por eso no se trata de una conciencia singular irreconciliable sino, por el contrario, de una conciencia infinitamente reconciliable. Y esta idea, lejos de propiciar el pesimismo existencial, funda la búsqueda más esperanzada de la existencia, porque finalmente —como quiere Lévinas— “antes que la guerra eran los altares”<sup>43</sup> y los altares son para un Dios, que —como quiere Kierkegaard— “en su esencia une siempre los contrarios”<sup>44</sup>.

Aun en el dolor de su instante, prolongado siempre al futuro de un tiempo incierto, “*la relación con Dios es continua alegría*”<sup>45</sup>, porque ella conoce el “arte” de “transformar el sufrimiento en alegría” y de “no ver el sufrimiento sino la beatitud”<sup>46</sup>. La infelicidad kierkegaardiana es un dolor divino, un “*sufrir de la sensibilidad más allá de su capacidad para sufrir*”<sup>47</sup>, porque ella no reside en el choque contra el mundo y lo finito sino en el choque con un Bien que “rescata la violencia de su alteridad”<sup>48</sup> para unir en el hombre lo que el pecado separó. Un Bien cuya Alteridad es búsqueda y encuentro cada vez más plenos.

### *La nada de la Alteridad*

El sufrimiento como *pathos* existencial podría definirse —siguiendo la lectura kierkegaardiana de J. Wahl— en los términos de un “paradójico trabajo de aniquilación. Estar en una relación absoluta con Dios es sentir entre él y nosotros una diferencia absoluta, es sentir nuestra impotencia”<sup>49</sup>. La impotencia, o bien este trabajo de la aniquilación, indica el punto culminante de la potenciación libre del espíritu, porque para Kierkegaard

“... lo propio de toda pasión llevada a su máximo es siempre querer su propia ruina: lo mismo la pasión suprema de la razón es querer un obstáculo, aunque éste cause su pérdida, de un modo u otro. La suprema paradoja del pensamiento es así querer descubrir algo que escape a su dominio”<sup>50</sup>.

La superación kierkegaardiana de la razón responde a una superación más originaria, conforme con la cual la suprema paradoja de la libertad consiste en perderse a sí misma, en despojarse de su propio poder, o bien, en trascenderlo hacia Otra realidad luego de haber descubierto en sí misma la Diferencia absoluta.

<sup>43</sup> E. Lévinas, *En decouvrant l'existence avec Husserl et Heidegger*, París, Vrin, 1949, p. 234.

<sup>44</sup> S. Kierkegaard, “Discours chrétiens”, *OC*, XVI, X 353.

<sup>45</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>2</sup> A 208, XI, p. 246, n. 4356.

<sup>46</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>2</sup> A 208, XI, p. 246, n. 4356.

<sup>47</sup> E. Lévinas, *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*, trad. A. Pintor Ramos, 2<sup>a</sup> ed., Salamanca, Sígueme, 1995, p. 197.

<sup>48</sup> E. Lévinas, *De otro...*, cit., p. 60.

<sup>49</sup> J. Wahl, *Études...*, cit., p. 341.

<sup>50</sup> S. Kierkegaard, “Miettes philosophiques”, *OC*, VII, IV 230.

Lo querido por la libertad será entonces, una vez reafirmada en su poder, arrojarse fuera, a la impotencia y a la nada de sí misma, porque frente al Otro —y para parafrasear una idea de E. Lévinas— ella no puede *poder*<sup>51</sup>, toda vez que el propio poder es esencialmente “asesino del Otro”<sup>52</sup>.

Sin embargo, continúa Kierkegaard, es precisamente en la impotencia “de perder la idea de sí mismo” en donde el yo logra “en grado máximo la idea de sí mismo”<sup>53</sup>, tesis a partir de la cual J. Wahl puede entender al Singular kierkegaardiano como *simul justus et peccator*<sup>54</sup>. No se trata entonces meramente de reconocerse *peccator*, es decir, puramente nada, con lo cual la relación con Dios quedaría destruida por la ausencia de uno de sus términos<sup>55</sup>; se trata, antes bien, de hacerse en la nada *simul justus*, conforme con el principio por el cual los *opposita iuxta se posita*<sup>56</sup>. Si el abandono a Dios produce en el hombre la mayor catástrofe existencial, representada en el choque inconmensurable entre la idea de Dios y la propia finitud, la impotencia frente a tal desproporción resulta ser la materia de una recreación interior, de una restauración de fuerzas, conforme con la Justicia divina.

Una serie de fragmentos, localizados en los primeros años del *Diario* kierkegaardiano, aluden ya a aquel “momento en la vida del espíritu en el cual sentimos que no somos en absoluto capaces de nada, de manera que estamos tan desnudos de la conciencia de nosotros mismos como aquel tiempo en el seno de la madre”<sup>57</sup>. Sin embargo, ese momento de desnudez e impotencia es el instante dialécticamente necesario “para que Dios pueda hacer algo de nosotros; porque Dios crea siempre de la nada...”<sup>58</sup>. El Singular existente, que ha renunciado a sí mismo y abandonado su poder en la impotencia, se repite delante de Dios como una nueva creatura, iluminada en su identidad y redimida en el Amor de propia infinidad.

La victoria más excelsa del espíritu finito consiste en trascenderse sabiendo que “la única verdadera expresión de la verdadera comprensión de sí mismo como posibilidad es que precisamente se tiene precisamente la fuerza de aniquilarse a sí mismo”<sup>59</sup> a fin de hacer lugar al Absoluto. Seguir la dirección del propio aniquilamiento significa ordenar el desarrollo espiritual hacia una regresiva aproximación a Dios que, paradójicamente, distancia y empequeñece al hombre frente al Abso-

<sup>51</sup> Cf. E. Lévinas, *Totalidad...*, cit., p. 63.

<sup>52</sup> E. Lévinas, *Totalidad...*, cit., p. 71.

<sup>53</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>o</sup> A 285, X, p. 226-227, n. 4027. El fragmento se refiere al pasaje bíblico de Mt 27:46, donde Cristo exclama: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

<sup>54</sup> Cf. J. Wahl, *Études...*, cit., p. 394.

<sup>55</sup> Cf. S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>o</sup> A 60, V, p. 139, n. 2093.

<sup>56</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>o</sup> A 139, X, p. 142, n. 3916.

<sup>57</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, II A 357, II, p. 153, n. 410; cf. también II A 358-360, II, p. 154, n. 411-413. Los últimos *Diarios* reproducen la misma idea: “Dios crea de la nada — y reduce a la nada todo aquello de lo cual El debe servirse” (S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>o</sup> A 491, XI, p. 89, n. 4165).

<sup>58</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, II A 359, II, p. 154, n. 412.

<sup>59</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, V A 16, III, p. 121, n. 997; cf. también S. Kierkegaard, “Trois discours sur des circonstances supposées”, *OC*, VIII, V 211. El pecado, dice Kierkegaard en el pasaje del *Diario* aquí mencionado, constituye la diferencia máxima entre el hombre y Dios.

luto. Aquí reside la seriedad de la cual habla el *Post-scriptum*<sup>60</sup>, el punto sagrado fuera del mundo en el que Dios es todo y en donde el Individuo se conserva ante su Presencia con las fuerzas del Omnipotente, vale decir, se conserva en la participación de su Amor.

Una vez quitada la propia voluntad egoísta, o mejor, la subjetividad del mal, Dios infunde a cada segundo fuerzas nuevas<sup>61</sup>, de manera que el paradójico trabajo de aniquilación es convertible con la obra de la recreación divina, esto es, con la remisión del pecado, de la cual emerge el espíritu en el resplandor de su verdad. Dicho de otro modo, la superación de lo negativo constituye la afirmación del ser espiritual recibido *ad Aliud*. Porque ningún hombre se vence a sí mismo, el poder de su afirmación desciende de lo Alto y la Omnipotencia se manifiesta no sólo como el fundamento constitutivo de la libertad humana sino también como su eficiencia actual, que, lejos de negar el ser personal, sostiene su propia realidad teomórfica y que, además, lejos de negar su identidad, la consume —para decirlo en términos hegelianos— en tanto “*puro* conocerse a sí mismo en el absoluto ser otro”<sup>62</sup>.

La negación del yo no debe comprenderse como la descomposición de la identidad personal o la reducción nihilista de la mismidad, sino, por el contrario, como su composición verdadera, a través del abandono del egoísmo personal. Por eso ha dicho L. Gabriel que “este no ser nada en sí mismo y ser todo desde Dios” significa “la plenitud consumada del hombre en Dios”<sup>63</sup>, la “autorrealización desde autodesintegración, posición absoluta desde negación absoluta”<sup>64</sup>, mientras E. Lévinas habla de una “posición de sí como de-posición del Yo”<sup>65</sup> egoísta y dominador.

Frente a la Diferencia, entiende Lévinas, sólo queda “la pasividad absoluta de lo que está más acá de la actividad y la pasividad”<sup>66</sup>, capaz de transferir la subjetividad del *ego* posesivo y manipulador al *me* de un acusativo originario, que es la “in-condición del sí mismo”<sup>67</sup>. La nada del sujeto manifiesta así —según el autor francés— la receptividad de lo puramente dado, paradójicamente realizado en un sujeto que “contiene en sí lo que no puede contener ni recibir por la sola virtud de su identidad”<sup>68</sup>. También para Kierkegaard la presencia divina restituye el sujeto

<sup>60</sup> El *Post-scriptum* habla de la seriedad existencial en estos términos: “abreviar el sueño de la noche, pagar caras las horas del día sin escatimar esfuerzos, para luego comprender que todo es una broma: esto es lo serio [...] Tener entre sus manos el destino de numerosos hombres, transformar el mundo y ver siempre en ello una broma, ¡he aquí lo serio! Pero para ser capaz de lo serio es necesario que todas las pasiones del mundo finito se hayan extinguido, y que todo egoísmo, ya sea el egoísmo que lo quiere todo, como aquel que se aparta orgullosamente de todo, se haya extirpado” (S. Kierkegaard, “Post-scriptum”, *OC*, XI, VII 462).

<sup>61</sup> Cf. S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>1</sup> A 400, XI, p. 55, n. 4111.

<sup>62</sup> G. W. F. Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, trad. W. Roces, 1ª reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 19.

<sup>63</sup> L. Gabriel, *Filosofía de la existencia*, trad. I. Pelayo Arribas, Madrid, BAC, 1974, p. 57.

<sup>64</sup> L. Gabriel, *Filosofía...*, cit., p. 57.

<sup>65</sup> E. Lévinas, *De otro...*, cit., p. 114.

<sup>66</sup> E. Lévinas, *De otro...*, cit., p. 178.

<sup>67</sup> E. Lévinas, *De otro...*, cit., p. 180.

<sup>68</sup> E. Lévinas, *Totalidad...*, cit., p. 52.

a la condición primitiva de su pura gratuidad, donde queda restablecida la alianza con Aquél en el cual somos, vivimos y nos movemos<sup>69</sup>.

“Ser una nada: el más feliz y envidiable destino”<sup>70</sup>; un destino que irradia de lo Alto con el fin de sostener la identidad esencial de un yo conformado a la medida divina. Una felicidad indeleble, porque se trata aquí de un don que está más allá de las ganancias y las pérdidas humanas.

### *La experiencia del Don*

En la nada de sí mismo el Singular se experimenta como don total que procede de lo Alto<sup>71</sup>. El don es gracia y la gracia es lo “dado gratis”<sup>72</sup>, sin méritos ni prerrogativas. Por eso la gratuidad del don define para nuestro autor “el primer principio del Cristianismo”<sup>73</sup>, expresado por su pensamiento en la tesis de que “el hombre no puede absolutamente nada, que es Dios quien le da todo”<sup>74</sup>. En el vértice de su poder, allí donde la subjetividad descubre su nada y su pecado, en ese mismo lugar aparece ahora el don para concederle al yo la seguridad de que, haga lo que haga, “será siempre una gracia que te salves”<sup>75</sup>.

Ningún esfuerzo humano podría lograr lo que se halla infinitamente más allá de sus fuerzas y menos aún cuando se trata de eso que Dios libremente retiene en su poder, razón por la cual lo mejor que un hombre debe hacer es reconocer *la propia impotencia junto a la milagrosa concesión del poder. Claro está que la gratuidad no dispensa de la acción libre, sino que, por el contrario, ella constituye el don mismo de esta acción, de manera tal que el esfuerzo interior debe ser intensificado por la realización espiritual de una tarea cuya plena realización coincide con su superación bajo la forma de lo dado gratis. Y de ello se sigue la siguiente contradicción: la más alta acción humana es nada y reconocerla tal es la mayor de las gracias.*

Reside aquí, para llamarla de algún modo, la paradoja fundamental de la libertad kierkegaardiana, enunciada por nuestro autor en el último texto que su *Diario* nos legara:

<sup>69</sup> Cf. S. Kierkegaard, “Prédication de séminaire”. *OC*, I, p. 244.

<sup>70</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>2</sup> A 503, VII, p. 119, n. 2846; cf. también III A 212, III, p. 54, n. 809.

<sup>71</sup> Cf. Stg 1:17. Con el presente texto evangélico Kierkegaard inauguraba en 1843 su producción edificante, para concluirlo en 1854 con el mismo pasaje, como eje del discurso pronunciado en la iglesia de La Ciudadela en Copenhague (cf. S. Kierkegaard, “Deux discours édifiants”, *OC*, VI, III 45 ss.; “Quatre discours édifiants”, *OC*, VI, IV 41 ss.; “De l’immuabilité de Dieu. Un discours”, *OC*, XVIII, XIV 291 ss.).

<sup>72</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>2</sup> A 224, VII, p. 11, n. 2667.

<sup>73</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>1</sup> A 59, V, p. 138, n. 2092.

<sup>74</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>1</sup> A 59, V, p. 138, n. 2092. Otro texto del *Diario* lee en el mismo sentido: “Y si hay de verdad algún bien que tú hayas recibido, tú sabes también —confiásalo— que eso viene de Dios: cada don feliz, todo don perfecto, te viene de lo alto [Stg 1:17]” (S. Kierkegaard, *Diario*, III A 140, III, p. 35, n. 752).

<sup>75</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>3</sup> A 106, VIII, p. 9, n. 2985; cf. también X<sup>1</sup> A 409, VIII, p. 90, n. 3139. De aquí que la fe, igualmente gracia, diga al hombre: “cree simplemente, y tu salvación es cierta” (S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>2</sup> A 239, VII, p. 17, n. 2678).

"... Dios puede colaborar con aquello que sin embargo sólo la libertad puede hacer. Sólo la libertad puede hacerlo: pero qué sorpresa para el hombre poder expresarse agradeciéndoselo a Dios, como si hubiera sido Dios quien lo hiciera. Y en su alegría de poderle agradecer él es así tan feliz que no quiere escuchar nada más, no quiere sentir absolutamente nada, sino a Dios mismo. Lleno de reconocimiento, él refiere todo a Dios y ruega a Dios que las cosas sigan tal cual son: que sea Dios quien lo hace todo. Porque él no cree en sí mismo, sino sólo en Dios"<sup>76</sup>.

Si la libertad humana es para Kierkegaard obediencia y entrega de sí misma, se ve aquí que incluso su propia entrega es una gracia, sin la cual el hombre ni siquiera podría intentar abandonarse como un niño en las manos de Dios. De este modo, el Singular se realiza y concibe a sí mismo como pura Virtud de la pura debilidad humana<sup>77</sup>, como Alteridad constitutiva de la identidad espiritual.

La gratuidad del don asiste de tal modo a la subjetividad creada que, para nuestro autor, "el desconocimiento de la gracia inmanente en la voluntad humana equivale al desconocimiento de la esencia humana, esto es, de su libertad ideal"<sup>78</sup>, afirmación en función de la cual F. Torralba Roselló identifica la gracia con la naturaleza misma del hombre<sup>79</sup>, y a lo cual añadido —siguiendo el pensamiento de Kierkegaard— la distinción entre la gracia como posibilidad ideal y la gracia efectiva de la libertad concreta, como realización amorosa, cumplida relacionalmente en el Poder creador del espíritu.

Si quisiéramos finalizar aquí con la conclusión misma del pensamiento kierkegaardiano, deberíamos afirmar entonces que "con Dios podemos todo"<sup>80</sup>, porque su "gracia es la fuente infinita"<sup>81</sup> que lo "concentra todo intensivamente"<sup>82</sup>. Con tal afirmación queda efectivamente resuelto aquel destino final de la libertad singular, cuya inquietud se refleja en la angustia de un poder incierto y cuyo cansancio desespera ante la negación que es el pecado. En el Amor, la libertad está garantizada y su poder asegurado más allá de sí mismo.

<sup>76</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, XI<sup>2</sup> A 439, XII, p. 94-95, n. 4500.

<sup>77</sup> En este punto, el existencialista danés se remonta nuevamente al Apóstol: "¡Te basta mi Gracia, mi virtud se cumple en la debilidad!" Es decir, para ti sería peligroso, si tú fueses absolutamente capaz de ser absolutamente un puro instrumento: esto podría tentarte al orgullo. — Tu límite debe precisamente servir para sostenerte en la humildad" (S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>1</sup> A 56, IX, p. 206, n. 3742).

<sup>78</sup> S. Kierkegaard, *Saeren Kierkegaard's Papirer*, ed. P. A. Heiberg, V. Kuhr y E. Tørsting, 2<sup>a</sup> ed., 20 vol., Gyldendal, København 1909-1948, II C 28.

<sup>79</sup> Cf. F. Torralba Roselló, *Poética de la libertad: lectura de Kierkegaard*, Madrid, Caparrós, 1998, p. 143.

<sup>80</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>1</sup> A 5, IX, p. 182, n. 3712; cf. también Fil 4:13.

<sup>81</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>2</sup> A 451, VII, p. 94, n. 2808.

<sup>82</sup> S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>2</sup> A 198, VI, p. 222, n. 2657. La reflexión explícita de Kierkegaard sobre el tema de la gracia es relativamente tardía. Ella se inicia hacia 1848, en relación con la idea de Cristo como modelo a imitar. La imitación exige la gracia, de la cual es fruto. Para la relación entre la gracia y la imitación; cf., entre otros pasajes, S. Kierkegaard, *Diario*, X<sup>1</sup> A 667, VIII, p. 157, n. 3277; X<sup>1</sup> A 784, VIII, p. 190-191, n. 3349; X<sup>1</sup> A 366, 369, IX, p. 57-59, n. 3541-3542; X<sup>1</sup> A 81, X, p. 20, n. 3756.

Aquí reside la firmeza del optimismo kierkegaardiano, que nuestro autor quiso asentar antes que toda dialéctica. Mucho antes de que *El concepto de la angustia* comenzara a proyectar una caída inevitable y *La enfermedad mortal* proclamara una desesperación esencial, Kierkegaard enseñaba desde el púlpito, en la primera predicación de su Seminario pastoral, que

“... hay una clemencia, una dulzura, esencia incorruptible de un espíritu sosegado: ella testimonia con más fuerza que muchas ruidosas confesiones, ella no excita la contradicción, sino que la calma y la suaviza. Hay *un amor* que ama lo primero; es un amor que ama a los enemigos, un amor que ama en la vida, y que ama en la muerte [...] Hay un *espíritu de conciliación* que logra la más bella victoria sobre el mundo, y gana a los vencidos. Hay una *paz*, la incomprensión y la burla no la agitan, sobrevive a todo conflicto, enigma insoluble a los ojos del mundo, una paz divina que supera todo entendimiento [...] Hay en ti un camino interior, y tú sabes que la felicidad consiste en desarrollar este camino, en toda su riqueza [...] Hay un camino en ti que no se ve ni se entiende [...] *Hay una presencia de Dios en nosotros*”<sup>83</sup>.

Ante esta Presencia, la subjetividad se abre y se recibe en la pasividad absoluta del *Fiat* creador. Toda existencia individual surge de esta relación que sostiene al Singular más allá de sí mismo.

Fecha de recepción: 12.5.04

Fecha de aceptación: 13.6.04

*María J. Binetti es Licenciada en Filosofía (UCA) y candidata al doctorado en el Universidad de Navarra.*

---

<sup>83</sup> S. Kierkegaard. “Prédication de séminaire”. OC. I. Pap. III C 1, p. 246-248.